

ejemplo la historia. Pero Dios crió el alma grande de Carlos para cosas grandes y para hacer felices á muchos.

La víspera de esta augusta ceremonia había creado S. M., como Rey de España, varios grandes de España y caballeros del Toisón y de San Jenaro, cuya nominación se quiso conservar por una fina política hasta la mayor edad del Rey. Llegada la hora, subió S. M. al trono, acompañado de dichos señores, Embajadores y Ministros extranjeros y del reino, de los Barones de él y de los representantes de la ciudad de Nápoles, teniendo á su lado al nuevo Rey de Nápoles, D. Fernando, su hijo. Leyó en alta voz el Marqués Tanucci, secretario de Estado, el acto de cesión, que se halla íntegro en la nota tercera. Después el Rey empuñó la espada, y, dándola á su hijo, le dijo: *Esta debe ser la defensa de tu religión y de tus vasallos*, y todos juraron inmediatamente al nuevo Rey.

Nombró después S. M. el Consejo de Regencia para durante la menor edad del Rey, que duró ocho años. Los nombrados fueron: su ayo, el Príncipe de San Nicandro, el Marqués Tanucci y D. Antonio del Río, Secretarios de Estado, Guerra y Marina, y D. Carlos de Marco, que lo era de Gracia y Justicia.

Concluída esta augusta ceremonia, el Rey Carlos no volvió á aparecer como Soberano. El

Marqués de la Victoria vino á tomar la orden para el embarco, y, no obstante las repetidas representaciones que le hizo del mal tiempo, de que no sería posible salir y de las que le reiteró sobre que no debía ir toda su familia en un buque, porque era exponerla toda de una vez á un acaso de la mar, S. M. sólo le respondía: *Victoria, á las tres y juntos*. Al fin, tanto le insistió, que S. M., en tono algo serio, le dijo: *Victoria, ya he dicho que á las tres y juntos. Dios sabe las veras con que le he pedido por la salud de mi hermano, y el ningún deseo que tenía de poseer sus inmensos bienes. S. D. M. ha querido vaya á España; él cuidará de nosotros, y se hará su santa voluntad*. El embarco se hizo á las tres en punto, con viento contrario, y con toda la familia en un navío. Por la noche se puso el viento favorable, y fué tan feliz el viaje como se verá en adelante.

Quedaron los napolitanos penetrados de dolor viendo partir al restaurador de su reino y de su libertad, que amaban tiernamente, y cuyo amor ha pasado de padres á hijos, pues aún el día de hoy pronuncian con ternura el nombre de Carlos los mismos napolitanos, que sienten no haberle conocido, y que le llaman *il nostro Carlucio*. Su hijo, dotado de un corazón como el de su padre, les recuerda su memoria, y los gobierna con igual dulzura, de modo que es amado de sus vasallos y de cuantos tienen la fortuna de

conocerle; trabaja con celo y acuerdo por el bien de sus pueblos, ha hecho caminos en todo el reino, fomentado mucho la marina y el comercio y puesto en buen pie su ejército.

No sólo la dulzura del Rey Carlos, sino los monumentos que ha dejado en Nápoles harán inmortal su memoria.

Como desde que salió al mundo había tenido una vida activa y se había empleado en regenerar y hacer felices á sus semejantes, su corazón, naturalmente propenso á hacer bien, había adquirido tal complacencia en hacerle, que podía decirse de él lo que de Tito: *Que no se creía feliz el día que no hacía algún dichoso*. Uno de sus mayores gustos era la fabricación, y así aborrecía, por consiguiente, todo lo que era destrucción, y padecía en ver cortar un solo árbol. Hizo fabricar, á cuatro leguas de Nápoles, el palacio de Caserta, que es uno de los mayores y más magníficos que se conocen, y el acueducto que construyó no cede á los de los antiguos romanos, y hará honor al Soberano que lo emprendió y al célebre arquitecto Vanvitelli, que lo imaginó y dirigió la obra.

No merece menos admiración el palacio de Capodimonte, que está en Nápoles, en el cual hay una colección de preciosas antigüedades, y sobre todo de cameos. El hospital general, construído por su orden, es también obra suntuosa,

y su solo defecto es ser demasiado grande, porque para su alma era chico el mundo entero. Estableció también una fábrica de porcelana y otra de mosaico de piedra dura, al estilo de Florencia, que perfeccionó mucho.

Pero lo que sobre todo merece la gratitud del mundo entero, es la obra grande que emprendió el Rey Carlos de las excavaciones de las ciudades de Herculano y Pompeya, en la cual ha ilustrado la Europa y resucitado en ella el gusto de los griegos y romanos, poniendo á la vista sus monumentos, de modo que no hay artista ni hombre de luces que no deba mirar al Rey Carlos como una divinidad restauradora de las artes.

Estas dos ciudades existían, según se cree, más de mil trescientos cuarenta y dos años antes de Cristo; esto es, sesenta años antes de la guerra de Troya. Pompeya pereció en el gran terremoto acaecido en tiempo de Nerón, el 5 de Febrero de 63, en el cual padeció también mucho Herculano, que fué sumergido por la lava y las cenizas del Vesubio en la grande erupción acaecida en 4 de Agosto de 79, en tiempo del Emperador Tito. Esta erupción es la que describió con la mayor elegancia Plinio el Menor, que fué testigo ocular de ella, y cuyo tío Plinio el Mayor, el naturalista (que era General de la armada romana que cruzaba siempre las costas

de Sicilia), pereció en ella, queriendo acercarse á tierra para socorrer á los desgraciados habitantes de las faldas del monte. Fué tal la fuerza de esta erupción, y la cantidad de cenizas que arrojó de sí el volcán, que no sólo llegaron á Roma, sino al Asia y á la Siria, y ellas acabaron de cubrir las ruinas de Pompeya.

Había ya mil seiscientos cuarenta y un años que estaba Herculano sepultado, y nadie pensaba en verle, cuando el Príncipe d'Elbeuf, que construía una casa de campo al pie del Vesubio en 1720, buscando para ella unos mármoles, encontró á las inmediaciones algunos ya trabajados, que le empeñaron en buscar otros. No sólo los halló, sino que descubrió algunas estatuas antiguas, que regaló al Príncipe Eugenio de Saboya, y continuó en ir sacando. Pero viendo el Rey Carlos que, según todas las noticias antiguas, aquellas ruinas podían ser parte de las dos ciudades Pompeya y Herculano, cuya situación era: la primera hacia la Torre del Greco, y la segunda entre ésta y Nápoles, creyó que era necesario todo el poder y medios de un Soberano para hacer con utilidad esta descubierta, que tanto podía interesar á la literatura y á las artes, y así, satisfaciendo al Príncipe sus gastos y comprando el terreno, emprendió á toda costa la excavación, bajo la dirección de personas hábiles, que en esta obra, digna de un

Monarca, han dado impresa á la Europa la colección más interesante y completa que puede imaginarse, y que van continuando. La excavación de Herculano se empezó en 1750; unos paisanos hallaron después de esta época las ruinas de Pompeya.

Es, á la verdad, cosa bien singular y agradable el pasear por las calles y por las mismas banquetas de una ciudad fabricada hace ya tres mil años. Yo he tenido esta satisfacción en 1773, viajando por Italia. El Rey Carlos mandó fabricar en Herculano su casa de Campo de Portici, en la que hace una colección de todas las antigüedades que se van descubriendo, y que es única en el mundo. Varios le reconvenían, diciendo no debía exponer una colección tan preciosa en un paraje tan inmediato al Vesubio; pero S. M. se reía, y les decía: *Así tendrán los venideros otra nueva diversión de aquí á dos mil años, y les hará honor descubriéndola.*

Aunque esto prueba la grandeza de ánimo, despego y filosofía cristiana de este Monarca, es muy de desear que, en premio de ella, no se verifique, por el bien de las artes.

Uno de los trabajos más ímprobos que han resultado de esta descubierta es el de desenvolver los manuscritos que se han encontrado enrollados y casi quemados. Un Religioso somasco, llamado Antonio Piaggi, y otros trabajan

continuamente en esta improvisación de obra, y el día en que pueden desenvolver y colocar una tira de un dedo de ancho, es un día feliz. Bien se ve cuánto tiempo es preciso para adelantar poco. En la obra famosa de Herculanium, que mandó hacer el Rey Carlos, y cuya memoria inmortalizó por ella, y que es uno de los monumentos más preciosos para las artes, por hallarse en ella la colección de estos descubrimientos, se ve el método de que se sirve este Religioso para desenvolver los manuscritos, del que se halla también una noticia en la *Enciclopedia*.

Hasta ahora sólo se ha descubierto un libro sobre la música, que no da ninguna noticia interesante. Es cosa muy notable que el primer fruto de estos trabajos haya sido relativo á la música, cosa que aborrecía el Rey Carlos, porque, cuando chico, le hacía ir por fuerza á la ópera su ayo, el Conde de Santistéban. Lección que es muy oportuna para los padres y ayos. También es singular que el mismo Monarca, tan enemigo de la música, sea el que ha hecho el teatro mayor que se conoce, que es el de San Carlos de Nápoles; pero á esto puede decirse que, como el palco del Rey está en el fondo, lo ha hecho así para estar más lejos de la música.

Aquí puede terminarse la primera parte de

la vida de este gran Príncipe, que, después de haber mandado una gran parte de los pueblos de Italia, de haberse hecho amar de ellos y de haberlos hecho felices por espacio de veintiséis años, quiso la Providencia disfrutase de igual dicha su patria, del modo que se dirá en adelante.

FIN DE LA PRIMERA PARTE